

MINIFICIONES DE ADÁN ECHEVERRÍA

EL CARACOL NO VOLVERÁ JAMÁS

NUNCA FUI un lector prominente hasta que conocí a Diana. En la primera imagen que tengo de ella tiene once años y sostiene un libro de García Márquez sobre los muslos, en aquella banca de cemento, bajo el árbol de almendras. Una semana esperé para que la bibliotecaria accediera a decirme qué libro había leído.

-Hoy lo devolvió. Ten. Ojalá lo leas rápido como ella- se burlaba la maldita anciana.

Cuando la vi coger, al mes siguiente, las obras completas de Sor Juana, me armé de valor para acercarme. Como el jugador de ajedrez que era (ella leía y leía, yo jugaba ajedrez y a todos les ganaba), debí pensar bien la estrategia para quedarme con la reina. Tenía en la punta de la lengua aquellos versos que dicen: "En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas?", pues me parecía que Diana ponía riquezas en su pensamiento, pero pero no me atreví, y la llamaron a casa. Luego de ese verano me mudé con mi familia a otra colonia, pero siempre tuve el silencio de Diana metido en mis memorias.

14 años después he regresado al mismo barrio, caminé hacia la vieja casona donde daban los talleres de cultura y al entrar a la biblioteca, Diana estaba ahí, con ese rostro de mujer intelectual que tanto recordaba. Era la bibliotecaria, y amores mas amores menos, me sentía preparado para abordarla. Sin fijarme tomé dos libros del estante, y caminé hacia el mostrador. Puse los libros frente a ella; miré de cerca sus manos que me parecieron demasiado delicadas, como de cristal.

- Estos libros no salen a domicilio, porque son únicos; tendrá que leerlos acá.- Había cogido libros de cálculo diferencial, y nano partículas para la nueva ciencia. Avergonzado caminé de regreso a los estantes y escondí mi estupidez.

Yo era un lector más allá de lo ordinario. Siempre leí, pensado en Diana, cuanto libro cayó ante mis ojos, no comprendía por qué no podía decir palabra frente a esta mujer. Me jactaba de ser dueño de mi confianza, pero ella me desbarataba. Salí de los estantes y decidido le hablé mientras me acercaba a ella, Disculpa, quisiera platicar contigo, le dije a tres metros del mostrador. Ella se puso un dedo en los labios y Shhh, indicó que me callara. Bajé la voz y repetí Me gustaría platicar... cuando una niña se me adelantó corriendo, de un brinco se subió al mostrador, ¡Mami! Diana se inclinó para besarla. Cogió su bolsa de mano: ¿Y papá, dónde lo dejaste?, y salió del mostrador con dirección a la calle.

Al pasar frente a mí, sólo alcancé a encogerme de hombros.

DESDE LA AZOTEA LAS HORMIGAS MIRAN ENFURECIDAS

HABÍAN ESTADO trabajando durante días en la construcción de un ala extra para el edificio de oficinas donde trabajo. Subían por las rampas sus herramientas junto con maderas, cables, alambres y sogas para acomodar los andamios. Toda la semana los vi subir en fila india, como infatigables hormigas, uno tras otro, y me parecieron idénticos. Como si los albañiles de la ciudad, o del mundo, estuvieran cortados con la misma tijera. Pechos y brazos poderosos, espalda amplia.

Mi novia me había llamado a medio día; fue cortés y directa, no quería que volviera a buscarla. No tuve que preguntar. Los amigos sabían que ella no deseaba seguir a mi lado. Sus quejas y su falta de interés en los aspectos más importantes de mi vida eran señales directas de que, en la relación, yo caía por el caño.

Por eso subí a la azotea. Me paré en el barandal, y quise convencerme de saltar. Era tan fácil, apenas un paso, un pequeño movimiento y caería los 25 pisos rumbo al pavimento. Pero los albañiles, esas hormigas rojas, me enfurecían. Primero lancé escupitajos sobre ellos. Luego algunas piedritas, para acabar aventándoles todo lo que había en la azotea: pedazos de bloc, cubetas. Arranqué las láminas que recubrían las salidas de emergencia, y las aventé junto con letreros rotos, focos, lámparas; todo cuanto pude. Hasta que me detuvieron los que subieron corriendo por las escaleras de emergencia.

Desde esta cama de hospital, estoy seguro que la golpiza sirvió para arrancarme el sentimiento de abandono en que me ahogaba.

NOCHE DE BRUJAS

EL TIPO GRITÓ, pegado al barandal, desde la parte más alta de la repleta discoteca: ¡Maldita bruja! Las mujeres que poblaban la pista giraron la cabeza para mirarlo, una a otra, como fichas de dominó, despacito y en cadena, sin desarmar la sonrisa ni dejar de bailar. En ese instante, la que fuera su novia, abordaba el carro de otro hombre, con los ojos llenos de paz.

¿POR QUÉ LAS MUJERES PREFIEREN A LOS FODONGOS?

MARGARITA espera más de media hora a que pase la combi para llevar a su hija mayor a la primaria. Luego tendrá que caminar siete cuadras para dejar a la más pequeña en la guardería, esperar casi una hora para que la acepten, caminar un poco más para tomar otro camión y llegar a su trabajo en la cocina económica.

Después de medio día de picar, trozar, cocer y preparar tres comidas diferentes, deja el delantal para ir a buscar a sus dos hijas a casa de una vecina, quien le hace el favor de recogerlas al salir de la escuela, para regresar con ellas a la cocina económica. Darles de comer, cambiar el pañal de la pequeña y esperar que termine el día de trabajo para hacer el derrotero a casa. Una vez en ella, ver tareas, preparar la comida del esposo que llegará antes del anochecer, borracho las más de las veces, para lidiar con él, midiendo y escogiendo cada palabra, el tono en que tiene que ser dicha y tratar de conseguir algunos pesos que la ayuden con el gasto. Dormir temprano a las niñas para enfrentar mañana un día similar a éste, y si el tipo lo desea, bajarse los calzones, tirarse en la cama, hacerle una mamada que lo haga bufar como endemoniado, dejarse penetrar con salvajismo, soportar que le estrujen los senos, la muerdan y lastimen, y llenarse de semen.

Cuando el tipo se duerma, habrá que levantarse, recoger el tiradero, lavar los trastos que quedaron de la cena, planchar la ropa de las niñas y del hombre, y como siempre, a media noche, besar a sus hijas, acurrucarse a un lado de su hombre para soportar el tufo de alcohol, eructos y gases con olor a botana podrida, esperando que el sueño la arrope y le brinde ese poco de paz que su cuerpo necesita, para recuperar las fuerzas y con el primer rayo del sol, sentirse de nuevo viva.

LAS TRAMPAS DE NI FU NI FA

CUANDO TODO terminó con Rebeca, mi corazón se debilitó tanto que mis latidos se hicieron cada vez menos imperceptibles. Caí en un sueño tan profundo que fue la única forma en que mi cuerpo logró mantenerse vivo. Los doctores del hospital donde fui internado, se asombraron de mi período de latencia. Yo en cambio soñaba. Caminaba en sueños por las calles donde había conocido o creído conocer aquello que suelen llamar amor. Por cada uno de los rincones iba como un poseso; arañaba paredes, levantaba cajas vacías de cartón que lanzaba al aire o despedazaba, y noté que podía atravesar paredes y volar. Era maravilloso. Quien quiere despertar a un mundo donde tendrá que enfrentar la vida, tan perra y sin remordimientos, si ha logrado la capacidad del vuelo.

Y volando llegué a la biblioteca. Podía meterme entre las páginas de los libros e interactuar con sus personajes. Aparecí justo antes de que la Karenina se lanzara a las vías del tren. Sentí una tristeza inmensa cuando Harry Haller destruyó la casa de su amigo, por aquella estúpida foto de Goethe, y me dio asco estar de pie frente a Grenouille y la falta de olor de su cuerpo. Cuando pasé a la sección de poesía mi esencia sucumbió. Los versos de Vallejo me sitiaban por todas partes, Neruda se me metía en el vientre, Enrique Molina taladraba mi cerebro, como un maldito pájaro carpintero que no cesaba y no cesaba, y entonces caí en Paz. Desde los primeros versos de *Piedra de sol*, el equilibrio volvió. Fui sosegándome con prontitud, no pasa nada, callas, parpadeas, era el ángel que cruzaba el silencio del recinto, alguno de esos niños oxidados, el fusilado con su ramo de rosas en el pecho. Entonces desperté agitado, mi corazón era un tambor de hojalata que hacía escándalo. Mi corazón sonoro estallaba en mi pecho y los doctores y enfermeras corrían para callarlo. Tenía las venas hinchadas, hinchadas. Sentía el dolor de pecho por un corazón que se aporreaba en la carne y sobre los pulmones; un corazón cuyos latidos no parecían cesar, y la imagen de Rebeca regresó, para que todo se hiciera negro, y yo me desmayara. Desperté a las cinco horas, como un paciente normal, pidiendo de comer.

EVA EN EL REFRIGERADOR

EL SOL ERA una roca hirviente que se había acercado tanto a la ciudad derritiendo los anuncios espectaculares, y a los transeúntes que como Agustín, deambulaban por las calles llenas de basura. Con el ánimo por los suelos, jadeando incluso, llegó a su casa. Rápido abrió el refrigerador para servirse un vaso de agua helada, y la vio. La mujer desnuda y sonriente dijo "Hola" al verlo. Agustín cerró de inmediato.

-¡Abre, abre!, es incómodo estar acá. Muero de frío.- Agustín abrió lento y con excesiva precaución.

- ¿Quién eres?

- Abre, que me congelo.

Le tendió la mano para ayudarla a salir. La mujer con dificultad quiso ponerse de pie.

- Estoy entumida. Mis piernas no responden.- Se deslizó hacia afuera, recostándose en el piso mientras frotaba sus piernas y muslos, risueña. Agustín igual sonrió al ver la escena sin comprender por qué en su refri había una mujer escondida.

- Voy por algo para que puedas cubrirte.

- No, por favor, no me dejes. Sólo abrázame. -Agustín dudó, pero se inclinó a abrazarla con delicadeza. Ella lo jaló, metiéndose al hueco de su pecho.- Tengo mucho, mucho frío. - Agustín sudaba por el calor, y el contacto con el helado cuerpo de ella, lo hizo estremecerse. Comenzó a frotarle los brazos con sus manos; ella encogió las piernas y se arrellanó en el abrazo de quien la liberara.- Acaríciame que muero de frío -la mujer temblaba.

Él estiró los brazos para sentir los helados muslos, las piernas, pantorrillas, tobillos y pies, hasta meter los dedos de sus manos entre los dedos de los pies de ella. La mujer puso la barbilla en el pecho del joven, jaló su cabeza hacia abajo, y buscó sus labios. Agustín no se contuvo y el beso se hizo largo. Ella temblaba, y al muchacho las gotas de sudor le seguían escurriendo por la frente. Su camisa empapada fue escarchándose por la helada piel de la mujer, cuya lengua se introdujo a su boca y él, bajó más la mano derecha buscando la vagina. La mujer abrió las piernas, amplía, esperando los dedos hurgantes que caminaban sobre su vientre, y fueron enredándose a los erizados rizos de su pubis. Los dedos se introdujeron con lentitud y ella emitió un pequeño jadeo que creció y se alejó aleteando por la habitación. La temperatura fue fundiéndose entre ambos cuerpos, rezumando la vida que afuera, continuaba derritiéndose.